

Leandro Fernández de Moratín



La comedia nueva

La acción de *La comedia nueva* es sencilla. En un café —establecimiento novedoso en época de Moratín hijo— cercano al madrileño teatro del Príncipe, un autor teatral novel y su familia departen animadamente media hora antes —según el reloj del pedante don Hermógenes— del estreno de la primera obra de Eleuterio, el joven autor, que acaba de lanzarse a la escritura dramática para solventar sus problemas económicos. La inquietud por la acogida del estreno y las ilusiones acerca de la carrera literaria de Eleuterio les hacen olvidarse del tiempo cuando vuelven a preguntar la hora a don Hermógenes, quien con su respuesta (la misma hora de antes) revela que su reloj está parado. Tras perderse gran parte de la representación, llegan a tiempo de comprobar que la obra es rechazada con estrépito por el público.

## Nota preliminar

Edición digital a partir de la edición de *Obras dramáticas y líricas de D. Leandro Fernández de Moratín*, entre los Arcades de Roma: Inarco Celenio. Única edición reconocida por el autor, París, Augusto Bobée, 1825. T. I

## Advertencia (1825)

«Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edición); pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquier copia, para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formación de la fábula como en la elección de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo».

En el prólogo que precede a la edición de Parma se dice: «De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes; de muchas faras monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó *El gran cerco de Viena*; pero ni aquellos personajes, ni esta pieza existen».

Don Eleuterio es, en efecto, el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribían en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las extravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe o Zamora, inútil ocupación hubiera sido censurar a quien ya no podía enmendarse ni defenderse.

Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido o alterádose los originales que imitó; pero el transcurso mismo del tiempo la hará más estimable a los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico sólo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes); pero será un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimación de los doctos.

Luego que el autor se la leyó a la compañía de Ribera, que la debía representar, empezaron a conmoverse los apasionados de la compañía de Martínez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa común, creyendo que de la representación de ella resultaría su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al gobierno para que no permitiera su publicación. Intervino en su examen la autoridad del presidente del consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico; sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el día de hacerla. Los que habían dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como a ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en su primera representación, la cual se verificó en el Teatro del Príncipe, el día 7 de febrero de 1792.

El concurso la oía con atención, sólo interrumpida por sus mismos aplausos; los que habían de silbarla no hallaban la ocasión de empezar, y su desesperación llegó al extremo cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don

Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecía o desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro concedía su protección a quien más se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la lección áspera que se le daba, con toda la indignación que era de temer en quien iba tan mal dispuesto a recibirla; lo restante del auditorio logró imponer silencio a aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron más animados desde entonces y con más seguridad del éxito. Al exclamar don Eleuterio en la escena VIII del acto II: *¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?*, supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con expresión tan oportunamente equívoca que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras a lo que estaba sucediendo), interrumpió con aplausos la representación. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel día esta comedia no pudo ser más conforme a los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de don Pedro, dándole toda la nobleza y expresión que pide; Juana García, en el de doña Mariquita, mereció general estimación, nada dejó que desear, y dio a las tareas de los artífices asunto digno; Polonia Rochel representó con acierto la presunción necia de doña Agustina; el excelente actor Mariano Querol pintó en don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar. Manuel García Parra excitó el entusiasmo del público con su papel de don Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fue tan acomodado al carácter que representó, que parecía en él naturaleza lo que era estudio.

*Non ego ventosae plebis suffragia venor*  
(*Horat.*, Epist. 19, Lib. I).

## Personajes

DON ELEUTERIO.  
DON PEDRO.  
DOÑA AGUSTINA.  
DON ANTONIO.  
DOÑA MARIQUITA.  
DON SERAPIO.  
DON HERMÓGENES.  
PIPÍ.

---

*La escena es en un café de Madrid, inmediato a un teatro.*

*El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro, una puerta con escalera a la habitación principal, y otra puerta a un lado, que da paso a la calle.*

*La acción empieza a las cuatro de la tarde y acaba a las seis.*

## Acto I

---

### Escena I

DON ANTONIO, PIPÍ.

(DON ANTONIO sentado junto a una mesa; PIPÍ paseándose).

DON ANTONIO.—Parece que se hunde el techo. Pipí.

PIPÍ.—Señor...

DON ANTONIO.—¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.—No, señor; poetas.

DON ANTONIO.—¿Cómo poetas?

PIPÍ.—Sí, señor; ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida: Burdeos, pajarete, marrasquino, ¡uh!

DON ANTONIO.—¿Y con qué motivo se hace esa franquela?

PIPÍ.—Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.—¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!



PIPÍ.—¿Pues qué, no lo sabía usted?

DON ANTONIO.—No, por cierto.

PIPÍ.—Pues ahí está el anuncio en el diario.

DON ANTONIO.—En efecto, aquí está (*Leyendo el diario, que está sobre la mesa.*) : COMEDIA NUEVA INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. Si son el diantre. ¡Ay, amigo Pipí, cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.—Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa...

DON ANTONIO.—¿Cómo?

PIPÍ.—Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

DON ANTONIO.—¡Oh!, los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos; tan pocos, tan pocos.

PIPÍ.—No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios, cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

DON ANTONIO.—¡Oiga! ¿También las señoras decían coplillas?

PIPÍ.—¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquín.

DON ANTONIO.—¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedantón!

PIPÍ.—Pues con ése se ha estado jugando; y cuando la decían: «Mariquita, una copla, vaya una copla», se hacía la vergonzosa; y por más que la estuvieron azuzando a ver si rompía, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decía que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh!, aquélla sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena.

DON ANTONIO.—Seguramente. ¿Y quién es ése que cantaba poco ha y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.—¡Oh! Ese es don Serapio.

DON ANTONIO.—Pero ¿qué es? ¿Qué ocupación tiene?

PIPÍ.—Él es... Mire usted. A él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.—¡Ah, sí! Ése es aquel bullebulle que hace gestos a las cómicas, y las tira dulces a la silla cuando pasan, y va todos los días a saber quién dio cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente y las partes de por medio.

PIPÍ.—Ese mismo. ¡Oh! Ése es de los apasionados finos. Aquí se viene por las mañanas a desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesús; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, ríen, fuman en los portales. Don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una, se despiden, y él se va a comer con el apuntador.

DON ANTONIO.—¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ.—¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

DON ANTONIO.—¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPÍ.—¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresión, les pondrá casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO.—Sí serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPÍ.—Entonces, ¿qué sé yo? Pero ¡qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO.—¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena y cuál deja de serlo.

PIPÍ.—Eso digo yo; pero a veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué!, les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres o cuatro a beber ponche, y empezaron a hablar, hablar de comedias. ¡Vaya! Yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte; el arte, la moral y... Deje usted, las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO.—Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, principalmente los franceses.

PIPÍ.—Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO.—Sí tal, aquí también se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán a media docena (*por mucho que se estire la cuenta*) las que se han compuesto.

PIPÍ.—Pues, ya se ve; mire usted, ¡reglas! No faltaba más. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO.—¡Oh! Eso yo te lo fío; bien puedes apostar ciento contra uno a que no las tiene.

PIPÍ.—Y las demás que van saliendo cada día tampoco las tendrán, ¿no es verdad, usted?

DON ANTONIO.—Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa, sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPÍ.—Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos a jornal, entonces... ¡ya se ve! Mire usted si con un buen situado podía él...

DON ANTONIO.—Cierto. (*Aparte*). ¡Qué simplicidad!

PIPÍ.—Entonces escribiría. ¡Qué! Todos los meses sacaría dos o tres comedias. Como es tan hábil...

DON ANTONIO.—¿Conque es muy hábil, eh?

PIPÍ.—¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubiesen echado las cuatro o cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros, y ya se ve, como ellos lo pagan. En diciendo: no nos ha gustado o así, andar, ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

DON ANTONIO.—Pues ya.

PIPÍ.—Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece a mí que ha de dar el golpe.

DON ANTONIO.—¿Conque es la primera?

PIPÍ.—La primera. Si es mozo todavía. Yo me acuerdo... Habrá cuatro o cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como después se hizo paje, y el amo se le murió a lo mejor, y él se había casado de secreto con la doncella, y tenía ya dos criaturas, y después le han nacido otras dos o tres, viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente, ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO.—Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.—Pues, ya se ve; lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

## Escena II

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON PEDRO.—Café. (*DON PEDRO se sienta junto a una mesa distante de DON ANTONIO; PIPÍ le sirve el café*).

PIPÍ.—Al instante.

DON ANTONIO.—No me ha visto.

PIPÍ.—¿Con leche?

DON PEDRO.—No. Basta.

PIPÍ.—¿Quién es éste? (*A DON ANTONIO, al retirarse*).

DON ANTONIO.—Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable a cuantos no son sus amigos.

PIPÍ.—Le veo venir aquí algunas veces; pero nunca habla, siempre está de mal humor.

## Escena III

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.—¡Pero, hombre, dejarnos así! (*Bajando la escalera, salen por la puerta del foro*).

DON ELEUTERIO.—Si se lo he dicho a usted ya. La tonadilla que han puesto a mi función no vale nada, la van a

silbar, y quiero concluir esta mía para que la canten mañana.

DON SERAPIO.—¿Mañana? ¿Conque mañana se ha de cantar, y aún no están hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO.—Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho o diez versos de introducción, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Después unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal; cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas; se añade o se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

DON SERAPIO.—¡El diantre es usted, hombre! Todo se lo halla hecho.

DON ELEUTERIO.—Voy, voy a ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted. (*DON ELEUTERIO se sienta junto a una mesa inmediata al foro; saca papel y tintero, y escribe*).

DON SERAPIO.—Voy allá; pero...

DON ELEUTERIO.—Sí, sí, váyase usted; y si quieren más licor, que lo suba el mozo.

DON SERAPIO.—Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos más. Pipí.

PIPÍ.—Señor.

DON SERAPIO.—Palabra. (*Habla en secreto con PIPÍ y vuelve a irse por la puerta del foro; PIPÍ toma del aparador unos frasquillos y se va por la misma parte*).

DON ANTONIO.—¿Cómo va, amigo don Pedro? (*DON ANTONIO se sienta cerca de DON PEDRO*).

DON PEDRO.—¡Oh, señor don Antonio! No había reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.—¿Usted a estas horas por aquí? Se me hace extraño.

DON PEDRO.—En efecto, lo es; pero he comido ahí cerca.

A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer. Dijeron mil despropósitos, me fastidié y me vine.

DON ANTONIO.—Pues con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado a vivir como un ermitaño en medio de la corte.

DON PEDRO.—No, por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y a ellos debo los más felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.—Sí; pero cuando la verdad es dura a quien ha de oírla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.—Callo.

DON ANTONIO.—¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.—Me voy.

DON ANTONIO.—No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

DON PEDRO.—Entonces digo la verdad.

DON ANTONIO.—Aquí mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instrucción y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO.—¿Y por qué? Porque no vengo a predicar al café. Porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana. Porque no disputo, ni ostento erudición ridícula, como tres, o cuatro, o diez pedantes que vienen aquí a perder el día, y a excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa.